
POESIA

POEMAS

José Joaquín Blanco

La poesía

para Evodio Escalante Betancourt

No es el habla fraudulenta de los otros
lo que de pronto estancó nuestra llanura,
lo que pudrió a la rosa en su color.
No es el crimen, siquiera, perpetrado
cuerpo a cuerpo en el cuerpo de la víctima,
la inocente víctima, la blanca.
No es el odio tampoco, esta fuerza resentida,
lo que así ha secado nuestros campos apacibles,
lo que deslavó las negras antiguas tempestades
y sólo nos dejó el revés de los espejos.
Es tan sólo un hastío deshabitado,
una sedienta angustia desangrada por el sol;
son estas palabras y un desdén cariñoso por los sueños:
es una ociosidad en blanco
este abatimiento tranquilo.
La noria y su vuelta interminable
(la mala noria que, pobre, maldijeron los abuelos).

El poeta recuerda a la amada

Con tu olvido me nacen las palabras.
Algo más que agradecerte y sin embargo
hago con mi voz la evocación de un mudo
habitado resplandor de incandescencia.
Como tu amor fue brecha y fue silencio
mi recuerdo te captura y se expande.

Devuelto al tiempo y a la voz te hablo.
Las palabras me rescatan del asombro.
Recuperado por fin de la añoranza
mi dura piel sana y me encierra.

Nocturno constante

para Eugenia Gaona Tejera

I

Absorta y seducida viaja la noche a encontrar a su cantor.
Hay quien ama la noche. Hay quien conjura el regreso de la oscuridad.
Hay quien durante el día canta a lo que viene detrás de la luz
como prodigio rezagado.
Hay quien ama al perseguidor del día.

La noche es solamente el mar de arriba, cuando es de noche.
Porque de día el cielo y el mar solamente reverberan,
serenos y virtuosos,
poniéndose la máscara radiante que los declara ámbitos de la luz.

Hay quien ama a la noche como el mar ama a la luna,
como la luna ama al mar que la devora.
La noche es el mar que refleja al hombre que le canta.
La luna es el hombre reflejado que el mar absorbe
y transforma luego en un blanco corazón.

El hombre que canta será el corazón de la noche.
La noche es un deleitoso acontecer que nadie cronometra,
es un calar profundo, una inmersión sin fin,
un replegar del pájaro sus alas
y brotar hacia dentro, flor oscura.

La noche no es la luz, sino su hambre,
sangre voraz que astilla sus hervores
en el hielo carnicero de los acantilados.
La noche es ir y venir de placeres tempestuosos,
violento regocijo de cuerpos que se encuentran.
Instantáneos reflejos se zambullen:
tiros contra la eternidad.

La noche también es mar en calma,
amorosa superficie de mujer que espera.
Suspenseo del absorto cazador que acecha
a su víctima anhelante.

Así como la luna es corazón del mar,
el hombre será un alto ojo luminoso
en el centro de la oscuridad continua.
La luna es el hombre cuajado y suspendido,
faro en la profundidad del mar,
luz en la espesura del reposo constante.

II

La noche es también una calle interminable.
Extraño laberinto de resonancias.
Imaginario caracol que atrapa los pasos transcurridos.
Muro permanente donde el caminante compite con su sombra.

¡Dulce seguridad la del hombre que contempla en vano
su sombra fatigada,
que intrigado por sus pasos
instala en el blanco símbolo de su destino
el redondo origen de su luz actual!

III

Cuando llega la noche
el hombre que la ha llamado
deja de cantar y se entristece.
La experiencia le dice que habrá de pasar el tiempo,
que es inevitable el nuevo amanecer,
que aún no es hora de sumergirse en su noche
como blanca luna helada en el fondo del mar.
Siente, sin embargo, que la noche se prolonga:
se extiende su noche como si la eternidad fuera
un eterno terror inútil al amanecer.
Hay quien ama el amanecer; hay quien ama
la reverberación de luces mentidas.
Y el cantor dé la noche

se descubre al amanecer
invulnerable; descubre que su noche
es un mar prematuro con un hueco lunar.

Y es la suya nostalgia de trovador desdeñado
que aprovecha el día para cantar.
El nocturno es ambición constante,
porque muerte es también el perverso gozar de la espera.
Atalaya perpetua del horizonte
cuando el sol incandesce en mitad del cielo
y el mar de día avienta luces a rebato.

Amor

Ocultar el rostro con los velos calientes de la luz,
ocultarlo en sucesivas transparencias
y, para develarlo, echarle sombra
con el grito tenaz del mediodía.
Llamar amor a la luz más concentrada
y encerrar un nombre en empeñosos laberintos de memoria,
sahumarlo de un aroma personal
y ofrecerlo al olvido diariamente.
No mirar a los ojos, pálpito asombrado;
reconocer el sabor del cuerpo próximo:
ese afán que en la lengua se refugia.
No, jamás decir locuras de palabra,
solamente las señas convenidas,
diariamente la pasión apaciguada
que corre sin escollos ni violencia:
la rara unión, la convivencia frágil
de dos perplejidades simultáneas.

El sol

¡Oh sol acendrado, repleto, apenas fluorescente!
Hermosura solitaria que a sí misma se enamora.
Avido durazno que de su propio jugo se nutre, y estremece.
Redonda flor que encierra su dulzura.
Calavera de luz que nunca estalla.
Fuego congelado a millones de años luz.
Alejada mujer imperturbable.
Luminoso párpado que encierra un incendio obstinado: una fiesta.

El tiempo adolescente y enamorado
se pinta con colores de sueño solar
y disfrazado de luz se vuelve amante.

¡Oh mujer huraña, dice, que cielo arriba,
con los ojos cerrados, me contemplas!

El sol es una amante que en los sueños se revela.

¡Oh sol, fruta madura, sol ausente!
¡Oh fruta eternamente madura, negación del padre!
El tiempo que te mira se vuelve lujurioso
y con sabor de sal —mar imprevisto— escupe hervores.

¡Oh tú no eres sol, dice, sol ahíto de sol, sol soledades.
Eres cáscara de amor, cáscara insomne!

Contra tu cuerpo que sin cesar reverdece,
contra las flores súbitas que te cambian,
contra el desconocimiento,
contra las palabras nuevas,
contra las sonrisas inauditas
que dan a tu cuerpo extraños olores;
contra todo esto tomo —como tú— mi cuerpo y me enclaustro
en un imperturbable círculo de ecos.
Tengo un templo cerrado como un puño,
tengo un puño que la maleza ha protegido,
tengo un templo que contra el florecer agudo
se empuñó hacia dentro, se hundió, se disfrazó de polvo.

Tengo un templo dedicado a sí mismo
—al fondo del callejón del tiempo—
que minuto a minuto se concentra,
que cierra sus pétalos como la noche, de noche, se cierra.

Contra el día de implacables matillazos amarillos,
contra el día del espectáculo de fuego,
contra el día de placeres resplandores,
cierro los ojos con la generosidad de un dolmen.

Muchedumbre de cerrados ojos anhelantes.

Estar solo y esperando es estar lleno de lumbre.

¡Qué silencio el de tu cuerpo distraído,
qué terrible es la sonrisa que te ignora,
qué reposo —junto al árbol— de tu cuerpo
inmune a la contemplación que me congela!

Ardo como el sol, dentro de mí, inmóvil.
Ardes como el sol, dentro de ti, inmóvil.
Algo se mueve como un triste estómago hambriento.

Soy un jaguar feroz a la puerta de un santuario antiguo
petrificado frente al palpitante cuerpo de mi presa.

¡Qué silencio es mi mirar a gritos!
Qué silencio mi celo contenido.
Qué silencio —también— el de tu celo, inmune como el sol,
como el sol jugoso y —como el sol—
inmune al saqueo.

Hago de tu cuerpo una sinuosa caricia dilatada,
una línea que —acostada— se estremece
y guarda conmociones en sus huecos.

Tu cuerpo no es el sol, es un color tan sólo
que cambia como el tiempo cambia de colores,
que cambias tú por dentro como yo por dentro cambio;
como cambia el color del mundo a cada instante
—siempre nuevo—
cambiamos como a cada instante nada cambia nunca:
lo que solamente se sumerge.

Te he puesto en el lugar del sol,
te ofrezco el placer memorioso de las corrientes submarinas.
Mi cuerpo es el calor que seduce el calor de tu cuerpo.

Dios es el calor que entre tu cuerpo y mi cuerpo
se prende como chispa a nuestra carne, que refulge
como el sol en el centro de la palma de una mano.

Tu cuerpo es una cueva que contiene
aquello que mi oquedad contiene.

Naciste para sol, pequeña cacerolita de vapores,
llama que de llevarla entre mis dientes
mordería y mordería hasta volverla diamante.
Naciste para estar lejos, muy adentro,
repleta de tu color, fluorescente apenas,
edades de sol, soledades que esparcen
las sombras de la lumbre pues dentro de tu amor,

como la primavera, sólo para tí misma
reverdeces.

Apenas te poseo y ya eres otra,
apenas te poseo y ya soy otro,
apenas te destruyo y continúas.

¡Oh mujer terrible, apenas te devoro me devoras
y ya estás floreciendo, eterna flor esquiva, inagotable!

Asediado incendio de sangre luminosa
que me alumbra, que me enciende, que me inflama, que me llama:
¡Sol, encendido sol, redonda calavera,
mujer interminable!

Preguntitas a Dios

¿Cuándo dejaremos de amar lo intolerable?

La muerte

Una líquida sombra que se mece
en la dura claridad del día.

Visión de la entraña-

Quien abre los ojos desflora su entraña y ve,
desolla su cuerpo ansioso de danzas y colores deslumbrantes,
descubre el jardín de las palabras yertas que esperan solamente
la orden magnífica de la resurrección;
quien abre los ojos interrumpe el plácido sueño de las rosas
y las abre como él se abrió a su vez, y las besa;
quien abre los ojos echa a andar y anda con el mundo alegremente
como anda el recién llegado con los viejos amigos;
quien abre los ojos encuentra cuerpos congelados pero danzantes,
cuerpos macizos que se desbordan,
plenitudes generosas que se entregan;
quien abre los ojos encuentra, junto, a la amada
y con ella juega a los trueques y escondidas;
quien abre los ojos traza un limpio horizonte marino
qué de día luce gaviotas y de noche estrellas;
quien abre los ojos recorre alborozado con placer de viajero
máscaras con ojos;
quien abre los ojos encuentra que los ojos guardan mucho para sus adentros;
quien abre los ojos regresa al eterno párpado cicatrizado,
a la oscuridad que contiene un burbujeante manantial de despertares
dónde juegan a fuegos fatuos los reflejos.

Propósitos

No será mi muerte roja rosa condensada,
ni será ojos de gato volteados al revés,
ni carnosos labios paralíticos,
ni huellas criminales en persecución del grito,
ni ovillo de silencios en forma de corazón,
ni presurosos ojos de conejo,
ni será sangre congelada gota a gota,
rica sangre atesorada.

Ni me partirá la muerte en dos mitades
exhibiendo duras llagas al sol,
ni mancharé la boca póstuma;
ni seré rosa interior que no desflora,
maligna rosa,
ni canto de oquedades resentidas,
ni granada asesinada en su pasión,
ni seré sangre congelada gota a gota,
rica sangre atesorada.

Sin embargo, repliego mi bullicio,
el bullicio de la sangre que está llena,
el caballo colorado que relincha
y lo vuelco en un espejo rojo mar
que brinca con claveles colorines:
se sumerge —marinero al agua—
y asoma con el rostro mojado de color;
no crepúsculo detenido, no rojo al rojo vivo,
ni sangre atesorada gota a gota,
rica sangre en la muerte congelada.

Hueco

Un misterio ajeno se ha instalado
en esta turbación, en otro día;
un súbito olvido se abre paso
y un velero se pierde entre su espuma;
aquella emoción no brillará en el agua,
es un pez azul que ha transcurrido.

De los días más hermosos con que cuento
uno, fulgurante, se ha extraviado.
Queda en su lugar un asombro rencoroso
sin palabra que lo nombre, sin memoria.